

BREVE HISTORIA DEL PUTERIO EN LA BIBLIA

¿Quién es la primera puta? He aquí una pregunta cuya respuesta no tiene la historia. Suele decirse que la prostitución es “el oficio más viejo del mundo”. Claro está que los chulos o proxenetas también lo ejercen al mismo tiempo. Y eso para no hablar de los clientes, hombres respetables que sin duda deben contar con alguna manera honesta con la cual ganar el dinero necesario para sus proposiciones deshonestas. Por otro lado, los braguetazos femeninos, como los masculinos pelotazos, hechos con las pelotas, no se incluyen dentro del rubro de los gigolos o de las furcias. La mujer bien casada y anillada que exhibe un abrigo de visón, sin ningún vínculo con el corazón, no es una fulana sino la señora de Tal o Cual, el gerente de un importante banco o el propietario de una fábrica para exportar anchoas en lata al extremo del mundo civilizado. Si gasta medias de seda, chófer, mercedes, rubíes y perlas... ¡bien se lo merece! Las “meretrices”, según la etimología, “merecen” su paga a diferencia de las matronas romanas mantenidas por el “*pater familias*”.

Pero a veces los hombres y las mujeres no tienen más remedio que aceptar copular con aquella persona que ha elegido para ellos su padre. Los hijos no pueden desobedecer la autoridad paterna, y menos si son príncipes casaderos. Eva solamente pudo fijar sus ojos verdes en Adán y Adán, huesudo y quesudo de abstinencia, únicamente puede suspirar por una Evita descamisada a la que era imposible evitar y que, además, no tenía otra rival ni parangón en la tierra. Sin duda estaban hechos ¡qué remedio! el uno para el otro. Nuestros primeros padres, contra los padres conciliares, se ajuntaron en lo que hoy se llamaría una “unión de hecho”. Eso era antes de que el derecho de la naturaleza se transformase en derecho natural en las manos de los severos y cejijuntos canonistas. Pero nuestros primeros progenitores tienen buena disculpa para su concubinato ya que en sus tiempos no había ni sacerdotes ni concejales para celebrar su matrimonio, sea por la vía civil o por la que Dios manda, si es que Dios de veras manda acaso con un mandamiento nuevo distinto al del amor humano. En tales circunstancias, sin la existencia del peligro de la competencia sexual, ni Adán tuvo la tentación de irse de golfas ni Eva cayó en ser una pendona, cosa que es muy de agradecer pues de lo

contrario nos convertiría a todos sus descendientes en unos hijos de pu...

Pasaron los años, los siglos, las lluvias, el pedrisco y llegamos sin previo aviso meteorológico al Diluvio universal. El patriarca Noé introdujo en el arca a la “zorra” y ivaya usted a saber los deseos que la vulpeja metería en las cabezas de unos marineros sin novia en cada puerto! El amor a los animales, traducido al latín, se convierte en un feo vicio practicado por pastores, gañanes y alguna que otra solterona...

La tempestad amainó un día, la paloma voló hacia el sur en busca de palomos y los hombres de Noé, tras pisar la tierra y emborracharse con el fruto de las vides, volvieron a las andadas lanzando una andanada de requiebros a las mujeres culonas y facilonas. O sea: tropezaron de nuevo en la misma piedra y en uno concreto de los mismos siete pecados. La primera ocurrencia que tuvieron, más allá de la lujuria, fue la de edificar una obra soberbia, un rascacielos que hiciese cosquillas a los dioses para indicarles que ellos no andaban demasiado lejos de su poder. Esa torre se llamó Babel y en ella trabajaron obreros de todos los pueblos, como se puede apreciar en las grandes obras públicas modernas como los canales de Suez o Panamá. Cada cual hablaba su lengua y como no se comprendían tenían que recurrir a los dedos para señalar: “tráeme el cubo”, “sube por aquella escalera”, etc. Es decir, hablaban con el índice, indicando, de modo “digital”. Los carteles no “hablan” nada, pero algo “dicen” (pensemos que “dic-” es la raíz de “digitum”). Pues bien, resulta muy difícil imaginar que tantos hombres solos, aburridos, trabajando todo el día y levantando muros de ladrillos bajo el sol, sin levantar otra cosa, no tuvieran algún pequeño esparcimiento en los momentos de asueto nocturno: su botellita de licor, los juegos de azar, su breve ratito de goce sexual. Seguramente la demanda atraería la oferta y, en virtud de las leyes del mercado, se produciría un intercambio de fluidos y caricias entre quienes tienen salario y quienes buscan la sal con el sudor de la frente de quien está enfrente. En la lengua de los sumerios “tabenera” es sinónimo de “ramera”, aunque en aquella época no se colocasen todavía los ramos floridos en las puertas para señalar al viajero que en dicha casa no se celebraba la fiesta precisamente de pascuas a domingo de ramos. Los espías que mandan los hebreos, el pueblo enchufado del Altísimo, a la ciudad de Jericó, una de las más viejas de la humanidad, se dirigen lo primero de todo a la taberna de la “colaboracionista” Rahab, una vulgar fulana sin cuya intervención la nación de Dios no habría podido ocupar las ciudades de los hijos de la panadera. En cualquier caso, sus cópulas a tanto y cuanto por tal y cual son menos

repulsivas que el incesto de las hijas de Lot con su padre emborrachado. ¡Y luego dicen que el deseo de ser madres no justifica la inmoral fecundación “in vitro” ni la maternidad con pago de alquiler!

Y llegados a este punto es preciso tumbar del pedestal la figura del jefe del clan, Abraham, el arameo errante, el padre de los creyentes. Los curas nos hablan mucho de su fe pero callan, o bien pasan de puntillas, el modo en que hizo pasar a su esposa Sara como su hermana para evitarse así problemas en Egipto: Abraham “prostituye” a su mujer al ponerla en los brazos del faraón de Egipto. El padre de los creyentes es un gran cobarde y un gran cornudo. Dicho de otro modo: la historia del judaísmo se transforma en “*chulapismo*”. Otro caso similar sucede en el conocido episodio de la ciudad de Sodoma. Antes que bajarse los pantalones y ofrendarse a sí mismo como víctima, antes que exponer a sus huéspedes a la lujuria de los sodomitas, ¿qué hace el hospitalario anfitrión siguiendo venerandas costumbres ancestrales? Pues ofrece a la turba exaltada la inocencia de sus hijas vírgenes... ¡Con padres así podemos reírnos de los tratantes de blancas! Y podemos entender que se castigue a Sodoma ya que sabemos lo que hoy quiere decir “sodomita”, pero ¿qué hizo - pregunta Malaparte- la ciudad de Gomorra para merecer su destrucción? ¿Acaso tener un nombre tan parecido a gonorrea?

Pablo Galindo Arlés, 10 de febrero de 2015